

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 7

Este libro ha sido publicado con la colaboración económica de la Consejería de Economía, Innovación y Ciencia de la Junta de Andalucía –Proyecto de Investigación de Excelencia HUM 3799 «Francisco Ayala en América y América en Ayala», Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada– y del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2013

© *De los textos*: sus autores

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala

Diez ensayos sobre Realidad. Revista de Ideas (Buenos Aires, 1947-1949)

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: La Trama Digital

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España / Printed in Spain

DIEZ ENSAYOS SOBRE *REALIDAD*. *REVISTA DE IDEAS*
(Buenos Aires, 1947-1949)

Edición de
Carolina Castillo Ferrer y Milena Rodríguez Gutiérrez

Fundación Francisco Ayala
Universidad de Granada
2013

Índice

Nota editorial	9
Decir ciertas cosas que no suelen decirse: la vocación del intelectual, por Luis García Montero	11
La Argentina de <i>Realidad</i> , por Luis Alberto Romero	21
El campo intelectual y el campo literario de <i>Realidad</i> , por Raquel Macciuci	45
<i>Realidad</i> y el contexto político de la posguerra mundial, por Sebastián Martín	71
La sociedad abierta: el registro internacional de <i>Realidad</i> , por Julián Jiménez Heffernan	103
El puente en sus primeros años: la sección “Carta de España” en sus contextos y consecuencias, por Olga Glondys	125

Un maestro tambaleante: Ortega al fondo, por Jordi Gracia	147
Dos cartas de Alfonso Reyes a José Ortega y Gasset	163
 Filosofía y crisis de la modernidad en <i>Realidad</i> , por Francisco José Martín	167
 Razones poéticas en la revista <i>Realidad</i> , por Laura Scarano	189
 Lo mejor se alía como siempre: <i>Realidad</i> en la correspondencia de sus colaboradores, por Carolina Castillo Ferrer	207
 Cuatro notas de <i>Realidad</i> a sus lectores	241
 Índice onomástico	253

Nota editorial

LOS ensayos que componen este volumen fueron presentados, en una primera versión, en el Simposio Internacional “En torno a *Realidad. Revista de Ideas* (Buenos Aires, 1947-1949)”, celebrado en Granada los días 22 y 23 de febrero de 2013, entre cuyas finalidades figuraba, precisamente, la subsiguiente publicación de las ponencias –los primeros estudios monográficos que hasta el día de hoy se han hecho de esta importante, y todavía poco conocida, revista de alcance internacional–. El simposio contó, asimismo, con una intervención excepcional: la del profesor José Manuel Blecuá, director de la Real Academia Española, quien se ocupó del número monográfico de la revista *Realidad* dedicado a Miguel de Cervantes con motivo del cuarto centenario de su nacimiento. Las jornadas fueron organizadas por la Fundación Francisco Ayala, con la colaboración del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, como tercera edición de su ciclo anual *Conversaciones en la Fundación*; y por el Proyecto de Investigación de Excelencia HUM 3799 “Francisco Ayala en América y América en Ayala”, del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada, patrocinado por la Consejería de Economía, Innovación, Ciencia y Empleo de la Junta de Andalucía. Las sesiones tuvieron lugar en el Palacio de La Madraza, sede de las actividades del Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la Universidad de Granada, y en el Palacete de Alcázar Genil, sede de la Fundación Francisco Ayala.

A Carolyn Richmond, testigo directo de la importancia que Ayala había concedido siempre a la revista *Realidad*, se debe la insistencia en la necesidad del presente volumen. Ya en 2006 propuso, como una de las actividades principales de la conmemoración del centenario de Francisco Ayala, la reedición de la colección, empresa que llevó a buen término la editorial sevillana Renacimiento, cuya reproducción facsimilar, precedida por una extensa y valiosa introducción de Luis García Montero (“La aventura de pensar el mundo”), facilita el acceso al conjunto de las páginas de esta *revista de ideas*.

Entre enero de 1947 y diciembre de 1949 fueron apareciendo en Buenos Aires los dieciocho números de esta publicación, propuesta originalmente por Eduardo Mallea e impulsada por el filósofo argentino Francisco Romero —quien sería su director nominal— y por dos españoles exiliados: el escritor y sociólogo Francisco Ayala y el pedagogo Lorenzo Luzuriaga. Las entregas tenían carácter bimestral y estaban concebidas para ser encuadernadas en dos tomos por año. La edición facsimilar respeta, de hecho, esa distribución, y se presenta en seis tomos. En las referencias a textos de *Realidad* en los ensayos del presente libro constan, entre paréntesis, el tomo, el número de la revista y, de ser necesario, las páginas citadas.

El lector comprobará por sí mismo la densidad y variedad del contenido de *Realidad* conforme se vaya adentrando en los diez ensayos del volumen, que tratan temas como el contexto político e intelectual del primer peronismo y el de la posguerra mundial; el carácter internacional de la revista; la relación de esta con la cultura española, tanto la del exilio como la que comenzaba a reavivarse en el interior; y el mundo de las ideas, el pensamiento filosófico y la crítica literaria de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Al final del volumen, se reproducen cuatro textos importantes —sobre todo el editorial del primer número— dirigidos a sus lectores por la redacción para explicarles los objetivos de la publicación y comentarles el desarrollo de la revista. Esos escritos, junto con la correspondencia epistolar estudiada en otro de los ensayos, completan la visión que de *Realidad* tuvieron en aquel momento algunos de sus colaboradores.

Decir ciertas cosas que no suelen decirse: la vocación del intelectual

Luis García Montero

(Universidad de Granada)

UNO de los errores más graves en los debates culturales y éticos es proyectar hacia el pasado la mentalidad del presente. Al definir una época lejana con nuestros propios ojos la sacamos de su situación histórica y nos condenamos a la incomprensión. Por eso el historiador debe tener especial cuidado a la hora de reconocer los orígenes de su propio tiempo. Resulta necesario meditar bien si al identificarnos con el pasado caemos en la trampa de manipular la historia desde una perspectiva particular o, por el contrario, nos acercamos a un ámbito de preguntas y respuestas que pertenece en realidad a nuestro propio mundo. Creo que la actualidad de la obra intelectual de Francisco Ayala se debe a que sus preguntas, sus denuncias y sus meditaciones marcan bien las fronteras de una época que es todavía la nuestra. El paso de los años solo ha radicalizado en los inicios del siglo XXI lo que empezó a tejerse después de la Segunda Guerra Mundial con la “unificación tecnológica del mundo”, estudiada por Ayala en su libro sobre *Oppenheimer* (1942) y en su *Tratado de Sociología* (1947).

En aquella dinámica vino a concretarse de nuevo el debate entre el prestigio de los intelectuales o el predominio de los individuos pragmáticos. ¿Quiénes deben ser la referencia en los comportamientos del mundo? La apuesta intelectual implicaba el prestigio del saber teórico, del conocimiento puro. Un intelectual era alguien capaz de interpretar las necesidades de la sociedad y de intervenir en ella a través de la mirada teórica para facilitar la mejora de la vida. La apuesta pragmática suponía la consideración de que la vida impone su propia inercia, su voluntad, su lucha, su experiencia. La mirada del ser pragmático pretendía distinguir lo útil de las quimeras y de la palabrería.

Claro que la situación es siempre más compleja porque la apuesta teórica y la apuesta pragmática, por mucho que se enfrenten, están condenadas a relacionarse. Así lo advirtió Francisco Ayala en *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual* (1944), uno de los libros más característicos de su pensamiento en los años cuarenta. En medio de una crisis grave, mientras se tambaleaba la cultura democrática, mientras el pensamiento totalitario amenazaba con una lectura de la modernidad contraria a las libertades políticas y el conflicto bélico iniciado en España ardía aún en Europa, Francisco Ayala se planteó el lugar de los intelectuales en la sociedad. Meditó sobre la personalidad teórica y la personalidad política o de acción (desde el militar al empresario).

Al deslindar las dos perspectivas, necesito destacar sus relaciones. El conocimiento y la razón de la personalidad teórica desembocan en la vida. No solo porque su voluntad de ser útiles es una de las claves de la civilización, sino porque resulta imprescindible un punto de apoyo para su trabajo. Las abstracciones teóricas sin confrontación en la realidad pueden conducir, y la demostración estaba muy presente, a absolutismos agresivos y crueles o a estupideces ridículas. La actualidad había demostrado, según denunció Ayala, que muchos intelectuales no eran inteligentes. Habían llegado a defender lo indefendible.

El ejemplo de Ortega y Gasset estuvo dolorosamente cercano al intelectual granadino porque había sido uno de sus maestros. Se sintió obligado a situarse ante él. Ortega había adoptado durante los años de la Guerra Civil española una actitud humana e intelectual diferente a la de Francisco Ayala, muy comprometido con la defensa de la legalidad republicana. Después de intentar colocarse por encima de los acontecimientos, Ortega había escrito en 1937 un “Prólogo para franceses” y un “Epílogo para ingleses” al hilo de *La rebelión de las masas*, en los que se definía de forma clara con relación a la guerra española y llegaba a una conclusión alarmante para el pensamiento democrático: “El totalitarismo salvará al liberalismo, destiñendo sobre él, depurándolo, y gracias a ello veremos luego un nuevo liberalismo”. La abstracción al margen de la historia, en el peor de los casos, podía bajar a los infiernos, conducir a la comprensión del totalitarismo o a los campos de concentración concebidos como procesos metódicos de exterminio.

La perspectiva pragmática, por otra parte, necesita conocer la vida a través de conceptos, de ideas. No conviene olvidar que incluso el irracionalismo tiene un punto de partida racional. El irracionalismo surge de la autoconciencia de la razón: hay asuntos y posibilidades que se le escapan. Las invitaciones a la acción como norma de vida, al vitalismo como respuesta, nacen en la desembocadura de la razón, flotan en su autoconciencia.

La razón tiene sombras, pero de inmediato –incluso si se asumen estas fronteras– surge la necesidad de ponerle también límites al irracionalismo. Por sus venas se llega de nuevo al totalitarismo más desalmado o a los peligros del populismo. Las lecciones crueles de la Europa de los años treinta y cuarenta, la atmósfera de la que surgieron los totalitarismos y los campos de concentración, son la consecuencia de una mezcla de racionalismo capaz de desembocar en el nihilismo y del irracionalismo capaz de usar la identidad vital como cancelación de los límites éticos en sus actuaciones.

Dentro de este panorama era urgente componer un necesario lugar de confrontación, de contraste y limitación mutua entre la mirada teórica y la mirada práctica y política. Sus relaciones no debían servir para sacar lo peor de cada perspectiva, sino para limitar sus posibles desarrollos cancerosos. A ese lugar de confrontación le pone Ayala el nombre de *Realidad*. Así lo expone en *Razón del mundo* (Buenos Aires, Losada, 1944): “La conciencia de que todo pensamiento original es y no puede ser sino un pensar desde una situación concreta obliga a hacerse presentes, ante cada idea, las raíces que hunde en la realidad, y por las que se alimenta. Operación que, lejos de conducir al relativismo o subjetivismo que en un primer momento hubiera podido temerse, conduce más bien a depurar su validez objetiva, limpiándola de implicaciones circunstanciales. Y, sobre todo, elimina ese tipo de pensamiento espectral, que funciona en el vacío y se nutre de la sombra de una vida ajena, recusando su falsificación histórica” (página 112).

En este concepto de la *Realidad* se sitúan Francisco Ayala, Lorenzo Luzuriaga y Francisco Romero para fundar en Buenos Aires la revista del mismo nombre. Ayala redactó la explicación editorial del primer número, publicado en enero-febrero de 1947, haciendo hincapié en el necesario diálogo entre ideas y acciones. La realidad es su lugar de confrontación: “Realidad se llama esta publicación, porque intenta atender –desde nuestro

mirador argentino y con la contribución de muchas mentes vueltas hacia el enigma de nuestro tiempo— a la vasta realidad contemporánea, a la que somos nosotros, a la total en la que deseamos insertar cada vez más nuestra presencia patente y operante. Le hemos puesto como subtítulo *Revista de Ideas*, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento interviene en lo real el escritor. Todo hecho humano, o se constituye sobre un armazón de ideas, o las tiene como ingrediente; todo hecho natural y humano se conoce, se juzga y se modifica mediante las ideas. Hechos e ideas componen la maraña de lo real...” (I, 1: 4).

Esta realidad en la que vivía Francisco Ayala se caracteriza en los años cuarenta por tres debates fundamentales. Resultaba necesario plantearse el significado de la unificación tecnológica del mundo. Convenía también analizar las respuestas que se habían dado ante las inercias de la modernidad tanto desde las alternativas totalitarias como desde un economicismo tecnológico que ocultaba profundas formas de control de las conciencias bajo la máscara de una libertad superficial. Y, finalmente, parecía imprescindible la ordenación de una tribuna sólida en la cultura y la ética capaz de defender los valores del pensamiento democrático.

Son cuestiones de un interés decisivo en una posible meditación sobre el lugar de los intelectuales en la sociedad actual. También ahora parece necesario plantearse el descrédito de los intelectuales, los recursos de su pudor en una mentalidad social dominada frecuentemente por el populismo y el engreimiento de la estupidez. La crisis de la prensa, el papel del Estado, las dimensiones individuales y sociales de la libertad y la posibilidad de una respuesta democrática a los desequilibrios del mundo son horizontes de debate que están abiertos y en los que urge consolidar perspectivas.

Para marcar el terreno de juego de los intelectuales de nuestro tiempo, me interesa aquí centrar el debate en cuatro aspectos: el populismo, la información libre, la dimensión social de la libertad y las oportunidades de un pensamiento en crisis. Ni siquiera hace falta advertir que sigo la lección de Francisco Ayala y de *Realidad*, pero que —en relación con la actualidad— hago una interpretación personal de la que soy único responsable. Así que busco respuestas a las contradicciones y precariedades del trabajo intelectual en el año 2013. Opino bajo mi responsabilidad, o bajo mi sinceridad. La

sinceridad radical fue un concepto utilizado por Ayala en la inmediata posguerra para legitimar la intervención de los intelectuales en medio de la tragedia, llena de incertidumbres, en una situación que no cuadraba con las medias verdades o con la comodidad de cerrar los ojos ante los problemas. La conciencia crítica debe confrontar sus ideas con la realidad sin buscar refugios en el debate y sin acudir a ninguna convocatoria ciega de adhesión.

Empecemos por las dinámicas del populismo. ¿Ante qué opinión pública hablan los intelectuales? El jurista Luigi Ferrajoli ha denunciado de manera oportuna el peligro de un *populismo desconstituyente* que anima a tomar partido en los debates sociales a través de códigos semejantes a los de la telebasura. Entre otros trabajos, aborda el problema en su libro *Podere salvajes. La crisis de la democracia constitucional* (Madrid, Trotta, 2011). Una reforma penal puede no legitimarse hoy en el estudio de los expertos capaces de valorar la situación general de un país y las consecuencias reales de unas leyes. La dinámica del endurecimiento de penas, la mano dura como consigna, quizás llega a establecerse como sentido de justicia por medio de los instintos de venganza y miedo que provoca un crimen mediático. El mecanismo afecta también, por ejemplo, a una reforma laboral, que no suele llevarse a cabo según los estudios de una mayoría de catedráticos de Derecho del Trabajo, sino como resultado de discusiones en caliente que ocultan intereses económicos particulares. Lo mismo ocurre con los debates políticos basados en el miedo (cuidado que vienen los malos), el rencor (este presidente tiene la culpa de todo) y la búsqueda de chivos expiatorios (los inmigrantes llegan para dejarnos sin trabajo).

El populismo alimenta la ira y el orgullo de la ignorancia a favor de los intereses del poder establecido. Genera una mentalidad basada en el descrédito. Ya sean estrategias utilizadas en nombre de la izquierda o de la derecha, siempre se facilita un proceso reaccionario y peligroso de descrédito de los intelectuales que intentan ejercer su conciencia crítica al margen de los linchamientos o las adhesiones populares. ¿Quién se habrá creído ese que es? En la medida en que los medios de control de la conciencia perfeccionan su tecnología, una rebaja sistemática de la educación y la cultura en favor del entretenimiento barato abre las puertas a la manipulación de las poblaciones.

El populismo es inseparable del nuevo papel jugado por la prensa. Lejos queda ya el optimismo moral con el que Ryszard Kapuscinski podía defender su profesión de una forma confiada en su magnífico ensayo *Los cínicos no sirven para este oficio* (Barcelona, Anagrama, 2002). El valor de la información libre y veraz como factor clave en la opinión pública democrática y en la vigilancia de las injusticias del poder llegó a convencer a Anna Politkóvskaya, periodista rusa asesinada, de que merecía la pena dar la vida por la verdad. Así lo dejó dicho y así se recoge en una colección de sus valientes artículos titulada *Solo la verdad* (Madrid, Debate, 2001).

Pero las dudas sobre el futuro del periodismo ganan peso hoy porque la dificultades del oficio no vienen solo de las represiones dictatoriales y la amenaza de las mafias. Ignacio Ramonet ha hecho un análisis implacable de la realidad informativa de las democracias occidentales en *La explosión del periodismo* (Madrid, Clave Intelectual, 2011). Con los grandes medios de comunicación en manos de los fondos de inversiones, los poderes financieros y las industrias bélicas y con la información controlada por unas pocas agencias de noticias, el periodismo ha pasado de ser un oficio de vigilancia del poder a convertirse en un mecanismo dispuesto a sofocar cualquier brote de rebeldía. La debilidad laboral de unas redacciones capaces de investigar deja paso al corta y pega de noticias rebotadas desde los focos ideológicos que conforman los temas de discusión y los tratamientos adecuados.

Francisco Ayala, que en los años de la II República había visto cómo se orquestaban en la prensa reaccionaria muchas informaciones falsas tendentes a preparar el golpe de Estado de 1936, dedicó varios estudios a esta cuestión en sus libros. Recogió “Propaganda y democracia” en *El problema del liberalismo* (México, Fondo de Cultura Económica, 1941), “Propaganda y política” en *Los políticos* (Buenos Aires, Depalma, 1944) y “Sobre la prensa” en *Histrionismo y representación* (Buenos Aires, Sudamericana, 1944). La peligrosa manipulación de las conciencias a través de las comunicaciones sesgadas, ya fuese en una dictadura o en una democracia dispuesta a confundir información con publicidad, le hizo dudar de las posiciones del liberalismo clásico. Esto es lo que afirma en el ensayo de *Los políticos*: “Al hablar de verdad y de mentira, como al hablar de irrupción en el mundo de las representaciones del prójimo, destinadas a despojarlo del gobierno

de su propia conciencia, no me coloco en la posición del liberalismo clásico para el que –presuponiendo la igualdad sustancial de los hombres como seres de razón– cada individualidad puede enfrentarse por sí misma con la verdad intemporal y absoluta” (página 147).

El imperio de las realidades virtuales capaces de sustituir a la experiencia histórica ha multiplicado hoy este peligro. Al intelectual le corresponde denunciar las estrategias de falsificación. Pero debe negociar constantemente con sus posibilidades porque está instalado en una paradoja: para ser visible y ejercer su libertad públicamente necesita estar presente en medios de comunicación que favorecen con mucha frecuencia un pensamiento contrario. La soledad social que provoca el populismo se convierte en inseguridad y soledad laboral a la hora de intervenir de forma sistemática en los debates públicos. La libertad de cátedra ha sido hasta ahora el mayor espacio de defensa del pensamiento en libertad. Pero los procesos de control gubernamental, de privatización y de sometimiento del saber a las leyes del mercado están asaltando este ámbito con más fuerza cada día.

El descrédito de la conciencia crítica va casi siempre acompañado por la puesta en sospecha de cualquier organización social o de las ilusiones colectivas. Se trata de dos formas de liquidar el relato de la emancipación. Una pretende borrar las conciencias individuales y la otra procura inutilizar los espacios de diálogo de esas conciencias. Por eso es importante devolverle a la palabra libertad su dimensión social. Unida en el pensamiento moderno a la metáfora del contrato social, la libertad no es solo la energía de un individuo solitario enfrentado al mundo. Supone también la necesidad de crear un marco social en el que sean posibles a la vez la convivencia y el desarrollo en libertad de las singularidades individuales.

Después de la experiencia totalitaria del estalinismo, el pensamiento neoliberal encontró una coartada fácil para legitimar una ética de la desvinculación. Y cuando se ve obligado a aceptar fuerzas de convocatoria y unificación, prefiere identificar los vínculos sociales con identidades fuertes (nacionalistas, religiosas o raciales) antes que con una articulación equilibradora de los espacios públicos y con la regulación política de la economía. Pero esa había sido una de las raíces del pensamiento moderno sobre la libertad y, desde luego, una experiencia posible más allá del totalitarismo es-

talnista. En *El problema del liberalismo*, un Francisco Ayala todavía cercano a sus maestros socialistas (Fernando de los Ríos, Luis Jiménez de Asúa y Hermann Heller) se siente inclinado a precisar: “La libertad política no es otra cosa que la libertad del ciudadano en el Estado, es decir, el gobierno democrático frente a toda especie de autocracia oligárquica; la Democracia es el derecho de todos los ciudadanos a participar, en un plano de igualdad, en el Gobierno. La igualdad es la condición inexcusable de la democracia: el principio de igualdad ante la ley tiene por fundamento de su justicia la hipótesis de una igualdad material de los ciudadanos. Cuando esta no existe, la mera igualdad formal del trato jurídico se traduce en resultados inicuos” (página 31).

La libertad entendida como energía individual y razón de la dignidad humana, muy presente en toda la trayectoria intelectual de Francisco Ayala, debe tomar conciencia de su dimensión social, de su compromiso con la emancipación colectiva. Tan peligroso resulta el populismo mediático que busca la homologación multitudinaria de las conciencias como el formalismo democrático que se escuda en el ritual de las urnas para desentenderse de la justicia social y del bienestar material de los ciudadanos. El trabajo del intelectual no debe concebirse como una tecnocracia, una acumulación de técnicas y saberes separados de la emancipación humana. Difícil tarea en una dinámica científica que tiende a la especialización cerrada y en una dinámica social que favorece el descrédito de la política. Participar en las ilusiones colectivas y conservar a la vez la independencia de pensamiento es otro de los esfuerzos que necesita asumir el intelectual que no esté dispuesto a diluirse en las consignas ni a acomodarse en el ensimismamiento.

Para acabar con unas gotas de optimismo, basado más en las convicciones que en la esperanza, quiero recordar que Francisco Ayala valoró las oportunidades renovadoras de un pensamiento en crisis. Fue también la perspectiva que asumió Jean-Paul Sartre en uno de los artículos más importantes publicados en *Realidad*, “¿Qué es la literatura?”: “La visión lúcida de la más sombría situación es ya, por sí misma, un acto de optimismo: implica, en efecto, que esta situación es *pensable*, es decir, que no estamos perdidos en ella como en una selva oscura” (II, 6: 360-361). Francisco Ayala, por su parte, había explicado en *Razón del mundo* que “cualquier crisis abre

perspectivas al conocimiento”. Es otra de las ventajas de la realidad, por dura que sea: “En las condiciones de crisis se contienen oportunidades de conocimiento que le son peculiares y que pudieran compararse a las que, acaso, le brinda al geógrafo una catástrofe telúrica” (página 111).

Nuestra crisis democrática y económica actual es tan dura que los discursos mediáticos dispuestos a fundar una experiencia virtual sofocadora están rompiéndose, agrietados por la experiencia real, y eso abre nuevas alternativas de pensamiento en las que es posible que la mirada intelectual encuentre una oportunidad frente a las versiones mediáticas del populismo, ya sean formuladas desde los instintos bajos de la telebasura o desde el miedo y la “actitud responsable” y sometida que exigen los poderes establecidos.

La crisis del periodismo, que no solo genera desempleo y humillaciones laborales, sino que incluso está poniendo en peligro la supervivencia del oficio, ha obligado a buscar soluciones. En Francia, la iniciativa de Mediapart no supone únicamente un nuevo medio de información. Se pretende constituir una nueva filosofía que enlace con la mejor herencia del periodismo independiente. Lo explica su director Edwy Plenel en *Combate por una prensa libre* (Barcelona, Edhasa, 2012). Las nuevas tecnologías y la creación de un público consciente de sus derechos hacen posible un medio de comunicación, en soporte digital y en papel, que no dependa ni del dinero de las instituciones políticas, ni de la publicidad de las multinacionales. Crear un público es hoy una de las tareas fundamentales del periodismo. Aquí no solo se hace uso de la libertad de crear medios de comunicación, sino que se apuesta por una comunicación en libertad. Y no es lo mismo la libertad de informar que la información en libertad.

Combat se llamaba el periódico mítico de la resistencia francesa en el que escribió Camus. Uno de los mejores consejos que, desde su experiencia, ofreció el escritor francés a los intelectuales y a los periodistas sirvió para distinguir verdad y neutralidad. Más que creernos en posesión de la verdad, conviene que hagamos un esfuerzo por no mentir. Quizás sea esa la tarea clave para ordenar una labor intelectual en los tiempos que corren. No es posible creer en las verdades esenciales, ni en las tentaciones de la neutralidad, pero tampoco podemos renunciar a la conciencia y a la vinculación sincera del pensamiento. ¿Supone esto una esperanza?

Como la literatura y la memoria nos permiten jugar con el tiempo y salvar las contradicciones, me permito la búsqueda de un hueco al fusionar diversas perspectivas. Perspectivas que deberían entenderse entre sí. Junto al recuerdo de Albert Camus, quiero regresar al artículo citado de Jean-Paul Sartre. Merece la pena tener sus palabras en consideración: “Como el escritor se dirige a la libertad de su lector, y como cada conciencia mistificada, en tanto es cómplice de la mistificación que la encadena, tiende a perseverar en su estado, no podremos salvaguardar la literatura sino poniéndonos a la tarea de desmitificar a nuestro público. Por la misma razón, el deber del escritor es tomar partido contra todas las injusticias, vengan de donde vengan... Desde este punto de vista, hemos de denunciar tanto la política de Inglaterra en Palestina y la de los Estados Unidos en Grecia como las deportaciones soviéticas. Y si se nos dice que nos hacemos los importantes y que somos pueriles al esperar que vamos a cambiar el curso del mundo, responderemos que no tenemos ilusión alguna, pero que conviene no obstante que ciertas cosas se digan, aunque solo sea para salvar la cara a los ojos de nuestros hijos, y que por lo demás no tenemos la loca ambición de influir sobre el State Department, sino la –un poco menos loca– de actuar sobre la opinión de nuestros conciudadanos” (II, 6: 365).